Descenso y ascensión.

Jorge García-Lomas Paulus

Image not found.

Capítulo 1

Sinfonía.

Primer movimiento.

Me miré al espejo con delicadeza, no quería romperlo con la brusquedad de mi mirada. El sonido de bajada era casi imperceptible. Las luces iluminaban con contingencia. Mis sentidos se iban perdiendo al paso suave de una melodía armoniosa y suculenta que atraía a los deseos más prehistóricos.

Me miraba, aun así no podría asegurar que llegase a comprenderme. Mis ojos captaban la luz apagada de mi rostro. Mis pupilas enroscaban la verdad tenue de mi existencia. Mi mente… mi cerebro acariciaba mis rosadas mejillas con su imparcialidad. Mis sueños flotaban en aquel acristalado resplandor terrorífico. Contemplaba ajeno una realidad distinta y sumamente caótica. No alcanzaba a coser cada centímetro del oxígeno que me separaba de un gemelo sórdido y cruel.

Mis manos temblaban socorridas por alientos pausados y medidos cual compás anticipado. Esperaba quieto, pues, ¿a dónde iba a ir yo? Me mantenía expectante, envuelto en arcanas transformaciones intestinales, sudores fríos y cánticos mudos. La correa que ahogaba mi delicado cuello me incitó a cuestionarme la libertad condicionada. La verdad impuesta me originó codicia. El segmento ocupacional liberó mis angustias y temores más árticos en un arrítmico cante vivaz e inmortal.

Continué apreciándome sin respuesta directa de mi ilusión. Calmado y eufórico. Trasplantándome el corazón sin anestesia a través de un cristal ensangrentado. Sangre metafórica creada a partir de dioses sin presencia. Deidades camufladas por papeles dudosos y eficaces. Concienciado pude apreciar en mis ojos la conciencia de un destinado. Un muerto recordando el tiempo que vivió para morir. Contando con presteza cada movimiento errado, cada colisión sin evitar, cada sombra en su moral convexa. Todos quieren salvarse, por eso me miran con premeditación y alevosía. Todos y cada uno de esas inmorales copias quieren evadir su destino eficaz. Todos quieren vivir eternamente en el cristal sucio del alma. Todos y cada uno de ellos quieren sobrevivir a la horda de información de una mente imprevisible. Pocos segundos y tan valiosos. Tanto tiempo y tan previsible. Es el tiempo, es la suerte, aquella a la que todos llamamos vida; y es por tanto la muerte un ente ajeno a la percepción, ajeno a la previsión y la exageración. Es por tanto la muerte la arena inmortal. Es

por tanto la muerte el deseo fugaz del instante infinito.

Somos seres, somos tiempo. Somos la misma cara de un mismo espacio. Tú estás ahí, tan lejano, tan apático, riéndote de mí, despreciando cada movimiento sin ejecutar. Muestras tus ironías soberbias frente al rostro de un creador azaroso. No soy más que tú reflejo, me limito a pensar, mientras tú, encasillado, me observas con rencor sostenible. Oteas mis miedos desde la lejanía y te encariñas con mis anhelos más abstractos. Tú que me vigilas cada día a través de esos ojos tan despreciables. Tú que me envidias por existir. Tú que existes en mí, déjame marchar. Olvídate de mí. Haz que cuando pasé frente a ti pienso que soy un vampiro. Convierte ese rencor en un vacío mordaz. Sé inteligente y dejemos de ser uno solo. Dejemos de ser y comencemos a olvidar. Miremos dentro de nosotros y no a nosotros. Algún día desapareceré te lo prometo. Algún día reuniré la fuerza suficiente para que nos olvidemos. Algún día, incauto, pasaré próximo a ti y no te veré. Alguna noche regresaré fatigado, y al mirar hacia a ti, veré sombras grisáceas con formas adversas, y aun así, no me fijaré en ti.

No me odies, no soy más que alguien que se parece mucho a ti y que busca algo mejor que él mismo. No me odies, algún día volveremos a vernos.

Giré despacio la cabeza hacia las puertas. Se abrieron tan despacio que tan solo pude murmurar… “Hasta luego”.

Segundo movimiento.

Mi mente se despertó de golpe, pues los gritos eran constantes. Todos sabemos que cuando vivimos no siempre estamos despiertos, a veces somos sonámbulos y balbuceamos sin ser conscientes. Yo estaba ahí desde hace rato, aunque en realidad estuve ahí en el momento en que vi sus lágrimas secas. No lograba entender el porqué de su deprimente llanto. Le miraba incrédula, envuelta en mis pensamientos macabros y enredados, mientras que mis ojos, se reían crueles de sus muestras de debilidad. Ambos gritábamos sin pensar. Él, ruin, apelaba al dialogo pausado, y yo, apoderada, esperaba un acto de perdón por su parte. No podía creer que él continuase defendiéndose cuando la verdad era objetiva y perceptible a ojos de cualquier relojero novato.

Ya ni recuerdo el comienzo de aquella discusión, tan solo recuerdo que su comportamiento fue equívoco y su mentalidad infantil debería de eliminarse pues va contra todo principio de estabilidad emocional. No entiende que siempre luchó por él, siempre buscó nuestra unidad. Buscó

ser fuertes y él, falla, siempre falla. Me siento a esperar que dé el paso para conquistarme una vez más, pues estoy cansada de olvidar por qué me enamoré. Nunca me convence, sus inseguridades, sus pasiones arcaicas, tan solo afloran su escasa madurez. No ve que le amo con locura y que esa locura necesita una compensación equitativa. Que cualquier cosa debe de ser prescindible, ya que yo debo ser la prioridad. Soy la luz en su vida, soy su única verdad.

Sus formas al hablarme, sus enfados obsoletos, sus miradas frías y sus insuficiencias estigmatizan mi delicada ánima; a la vez, desgasta mi bella piel de porcelana, ya que su incapacidad de amoldarse a mis razonables exigencias deteriora mi juventud irrecuperable.

Soy su musa, y por tanto debe dibujar mi reluciente estructura. Debe recitarme, al hablar, poemas en vez de palabras cansadas. Debe fotografiarme con su mirada en vez de vagar con sus ojos por el insulso mundo irregular. ¿Acaso yo merezco menos que pan de oro en mis muñecas? No soy un objeto, no soy un instrumento. Soy una joya ensangrentada. Mi piel es la frontera de un país fuerte y suculento. Soy humilde y respetuosa, soy armoniosa y bella. Merezco cada palabra olvidada de cada escritor inmortal. Merezco que los hombres se endurezcan y canten a mi paso. Lo merezco todo y no puedo permitir que vanos personajes confundan mi hermosura natural con vino barato.

Allí está, impasible; no comprende todo lo que guardo, no entiende todo lo que estoy diciéndole sin hablar. ¿Acaso es estúpido? Su voz desapareció entre mis gritos instructivos, murió envenenado por sus convicciones retrógradas, mientras mi opinión nace respetuosa tras acariciar mi labial.

No hay duda, es idiota. ¿No contempla mis expresiones? ¿No atiende a lo que murmuro mientras grito? Hay personas en este mundo que no atiende a razones, no actúa, solo se mantiene estático intentando conversar, intentando llegar a un punto en común cuando en realidad no hay ningún punto en común, es sencillo, debe actuar, debe ser suficiente para mí y se acabaría todo esto.

- ¿No lo entiendes? Reacciona, nunca haces nada – le miré expectante.

- Pero, ¿qué más tengo que hacer…? Lo he dado todo por ti… – sus ojos llorosos solo me mostraron más sus intrínsecas debilidades.

- No, no lo entiendes, nunca haces nada.

Tercer movimiento.

A veces leo sin leer, pensando en una realidad compleja y opaca. Contemplo situaciones oníricas donde la política sucumbe a los designios de una sociedad asfixiada por la mediocridad. Oteo el final de una corrupción intrínseca en una mentalidad conservadora y oportunista. Contemplo los segmentos afianzados de una sociedad irregular que procura solidificar estructuras en colectivo, mientras que sus miradas reflejan el odio hacia las diferencias. Supuro sensaciones positivas que muestran un mundo deteriorado por la guerra intestinal del cinismo, un lugar boscoso donde para mirar al cielo hay que talar árboles en vez de escalar, un lugar donde los ríos se secan a pesar de los llantos desconsolados, un lugar donde la riqueza no te hace gobernar sino que gobierna a la decadente humanidad. Soy consciente de que el cambio se precede tras el rasgueo peculiar de una guitarra olvidada. Tengo muy presente que los sueños se olvidan con facilidad aun aparecer antes de despertarnos. Sé a ciencia subjetiva que el hombre posee una cualidad viral, un propósito que se convierte rápido en despropósito. Creo firmemente en la solemnidad y en las promesas. En la verdad frete a la mentira. En el arte frente a lo objetivo. Creo, que lo radical, tan solo fraterniza con la cordura generacional impuesta. No somos animales destinados. No somos fantasmas sin alma ni cuerpo. Somos seres capacitados. Hombres ateos repletos de conocimientos apartados. Somos reminiscencia.

Leo despacio, sin enterarme de absolutamente nada. Lo sé, siempre lo he sabido, a mi mente le encanta deambular por las palabras sin pretender que signifiquen. Saborean sus peculiaridades, atentan contra sus principios. Mi mente es rupturista, odia lo preestablecido. Solo a mi mente le está permitido odiar, ya que, por desgracia, mi cuerpo es incapaz. Soy así, soy un ente inquieto, un demagogo con ideas sin forma. Soy un ciudadano sin credencial. Un griego emigrante, un comunista el cual, jamás ha derramado ni derramara sangre. Creo en la apatía, creo en la relatividad. No soy, debo dejar de ser. Ojeo a lo lejos números, ojeo símbolos, ojeo herramientas de adquisición, no soy un programa al que deban programar. No soy la consecuencia de miles de personas muertas. Soy un individuo ajeno a la realidad. Soy un individuo interiorizado. Busco la verdad. Busco la mentira. La busco, la busco en mí. Todo lo que aspiro a encontrar habita en mi interior. En la oscuridad donde la esclavitud es una palabra ciega.

En el vacío donde los límites estorban. En el reducto donde el goteo no produce ruido. En el silencio donde la música cobra vida. Allí señores, está mi felicidad. No está en vuestras palabras, no está en vuestro credo, no habita, encadenada, a vuestra hipocresía. No, señores, no soy hijo vuestro, no soy un proceso evolutivo con función. Soy consciente y soy

yo. No pretendo solidarizarme para crear otra vida el día de mañana que pague mi pensión, no pretendo responder a mis preguntas mirando a las estrellas. No, he interiorizado durante muchísimo tiempo vuestras mentiras, vuestras medias verdades. No quiero perdurar, no quiero transcender en otro ser que ni me recuerde ni se identifique conmigo. Anhelo transcender en mí mismo. Anhelo vincular mis logros a mi decadencia y mediocridad. Busco nadar en la sangre de la realidad divinizada. Busco encontrarme a mí mismo en mí mismo, señores, no busco nada más.

Cuarto movimiento.

No dudé en apagar las luces y cerrar las persianas. Me acerqué despacio, sonorizando cada paso con cautela. Ella estaba de espaldas. Ella estaba de pie. Yo, precavido, besé su hombro con extremada delicadeza. Fue un beso largo y pausado. Su cabeza se inclinó hacia atrás mientras su cuerpo fue hacia delante, y sus ojos, castaños, se cerraron sin suspirar. Sus gritos apagados comenzaron a suscitarme una cariñosa alegría, pues sonreí. Mis toscas manos bordearon sus curvas cerradas e intimaron con sus extremidades suaves y cálidas. Mis dedos buscaron en seguida el tierno y gélido tacto de su apenas perceptible barriga. Ella, confiaba en mí, no necesitaba mirar, ni darse la vuelta. Se dejaba llevar, retorciéndose a mí lado, buscando el tacto y la locura de la presencia humana. No necesitábamos ver, mi intención era tocarla lento, convertir su aliento en parte de mí. Por primera vez en mucho tiempo, ambos éramos sinceros el uno con el otro. Mis manos, conectadas, siguieron su camino hasta unas piernas que desataban mis sueños más oscuros e idealizados. Mi mente dejó de funcionar, muchos lo entenderían; por tanto, mi mente, comenzó a funcionar. Recorrí su cuello con mi boca, deteniéndome en cada pliegue de su piel, en cada lunar, en cada imperfección, para saborear así su plenitud. Lo hice despacio, sin prisa, y aun así, me quedé rápido sin un mar que surcar, sin un camino que inventar. Mis dedos recorrieron su espalda, empujando su camiseta hacia arriba. Ella no tardó en entenderlo y me ayudó a quitársela. Fui rápido esta vez, la mordí en sus caderas, compasivo; soñé que caminaba sin abrigo por el norte. No dejé de morderla hasta llegar al sujetador, me esperaba prisionero. Eliminé las cadenas sin presión y continué lo que había empezado.

La giré, necesitaba tenerla frente a mí. Nos miramos sin ver nada. Nos miramos y nos vimos de verdad. Sin barreras, sin fronteras. Todo estaba ahí. Mis dudas, mis carencias, mis inseguridades. Se lo entregué todo sin compasión. Sus ojos abrigaban mi conocimiento. Me quitó la camiseta y me besó. Un beso tierno y húmedo con el que dejé de existir. Un beso imperfecto, un beso imposible. Ella retrocedió tan lento que nuestro

aliento continuó encarcelado entre nosotros. Nos leímos, se sentó frente a mí en la cama.

Ataqué con ambición sus caderas, la di un delicado beso y agarré con mis manos sus vaqueros, surcando montañas hasta extraerlo, dejando libre aquello que siempre me hipnotizó, sus níveas piernas. No vi más allá, podía otear en ellas cualquier defecto y cualquier virtud, eran la perdición de cualquier hombre cuerdo. Las besé, no fui justo, no tuve tregua. Bajé sumamente despacio hasta sus pies, donde, con respeto, le quité sus calcetines rosados.

Ella me miró y me pidió que subiera, yo no lo hubiese desobedecido jamás. Me besó y se tumbó encima de mí. Fue demasiado agresiva. Me desnudo rápido. Me traicionó, rompió el ritmo; no tardé en perdonarla. Su aliento hacía eco en mi habitación. Volví hacia ella, requería de ternura artística. La tumbé. Sus bragas se deslizaron solas. Su mente, comenzó a volar y mis labios acariciaron aquello que la dio alas. Tan pronto como absorbió el aire volví a ella, la miré, la consolé, la acaricié, la murmuré en silencio la verdad. Ella me miró y entendió todo, cerró los ojos y soñó.

Yo, comencé a escribir.

El reloj parado.

La arena reflejaba a cada paso mi realidad desconsolada. La apatía aparecía en cada huella prediseñada. El fulgor pasional de la vida desaparecía lentamente con cada paso que daba, y mis lágrimas, perdían una batalla impuesta contra el mar. También lo malo iba desapareciendo, el rencor, el dolor, todo se esfumaba tras el lento paseo de mi cuerpo. Yo tan solo ojeaba el lugar con la ilusión de un niño, con la empatía de un anciano, con el irremediable cansancio de un adolescente enamorado. Así miraba yo; buscaba un vestigio de luz en aquella negra noche que me elevaba hacia la blanca luna. Buscaba en las olas del mar un saludo diferente a la indiferencia de la civilización que habitaba poco más arriba de unas escaleras de mármol mal cuidadas. Los sueños precarios de mi mente se dividían al aterrizar en la tierra vulgar de aquel hogar de náufragos. Mentiría si dijese que no me hubiese gustado olvidar y vivir en un barril, diría la verdad si afirmase que soñé con triunfar en aquel lugar

de asfalto y hierro. Soy así, incomprensible, un alma errática que vaga por una playa más imperfecta que su propio ser. Un individuo que ama la soledad en aras de un futuro más social. No tengo significado porque cualquier definición es borrada de mi mente asfixiada. Todos mis problemas, mis incertidumbres, mis sentimientos, se ven menguados por el resplandor de la decadencia humana. Aquí me encuentro, en una de esas pocas playas de arena natural, no de cemento turístico, envuelto en crímenes sin firmar, cantando, sin vergüenza, las melodías más profanas de la época.

El agua del mar era mansa pero inquieta. La luna reflejaba su imagen en el espejo redondeado del océano. La línea del horizonte parecía hecha por un pincel oxidado. Todo ello, puesto en marcha gracias a un atril de madera enterrado en algún lugar de un mundo que prefirió inventárselo. La arena no dañaba mis delicados pies, los acariciaba y recubría como si de agua se tratase. El cielo, oscurecido, mostraba toda su desnudez lumínica. El viento, irónico, no se dejó ver por aquel reducto de sueños olvidados, y el frescor, intrínseco, apenas erizaba mi bello. La naturaleza es sabia, y cuando un hombre viaja, encasillado, por un montón de rocas abrazadas por la arena, le otorga el don de la indiferencia. Quien busca la soledad obtiene soledad, pues es en el único momento en el cual la vida es complaciente.

Levanté la cabeza del suelo para observar la realidad predefinida. Algo llamó mi atención, un sonido intenso y apagado que hacía eco en las rocosas fronteras de la playa. Una canción antigua, una melodía muerta en la tierra, un sonido irresistible para los marineros de agua salada. La vi a lo lejos, una mujer sin trapos que ensucien su ánima. Un cuerpo figurado que desafiaba con sus curvas cualquier principio inteligible. Una musa de antaño, de pelo largo liso y caído, con pechos firmes, piel tersa y sin escamas, de ojos verdes resplandecientes e hipnóticos que acarician con su mirada mis frías ilusiones.

Yo seguí caminando sin miedo, atrapado en su cántico inusual. Me fui acercando despacio sin que ella se percatara siquiera de mi existencia. Entonces, en el fragor de la incertidumbre, ella se giró y caminó con dulzura hacia mí. No pude dejar de andar ni el más lánguido instante, pues su entereza me hechizaba. El tiempo fue infinito hasta encontrarnos frente a frente, el uno con el otro, abrigados por el calor del mar. Así, el reloj se detuvo. Nadie movía un dedo, nadie expresaba. Ambos continuamos firmes mirándonos a los ojos. Ambos contemplamos lo inevitable, y en un leve parpadeo, yo desaparecí de aquel lugar idílico para encontrarme cara a cara con la muerte en un hospital de algún lugar de algún país lejano.

Lágrimas grises.

Tres caminos se cruzaron esa noche, tres verdades se confrontaron dando lugar al único sentimiento veraz e irrisorio. Todas las carcajadas sumían la habitación de las cortinas moradas en la más angustiosa residencia de miradas contundentes y desafortunadas. Tres mil cuatrocientas caricias acabaron sucumbiendo por una insignificante lágrima que deformó la atmósfera sudorienta del habitáculo, expulsando a la irascible felicidad de un portazo, cobijándose temerosa en la esperanza que corría suspirosa hacia el portal antrópico. Todas las almas sonrientes de ojos serios se mantenían presas del trasparente cristal de la ventana divisando aquella huida, retirando rápidamente la mirada para observar a la inigualable muchacha que dejaba caer por la delicada piel de sus mejillas una gota cristalina, que cual río que nace de la blanca nieve de las montañas, nació del más bello sentido, ahora rojizo, por el cruel paso de la dama del caos, el cual fue en un pasado, plateado y absorbente como el odio. Su compañera de cama envidiosa y hambrienta expulsó, dejándose llevar, otra gota de lluvia ácida que irritaba con su escorrentía. Avivada por la pasión de su semejante, la primeriza ninfa del deseo acuático la besó uniendo y expandiendo la tristeza como un virus hacia la eternidad, dejando caer otra lágrima más que terminó por precipitar aquellas tres gotas sobre el antropocéntrico hogar. Todas aquellas criaturas furiosas derramaron su sangre, intentando purgar así, su culpa por haber dejado transpirar en el tiempo el mayor dolor, la muerte.

La ninfa sin nombre.

El espacio… ese recóndito lugar donde el infinito nos cuenta las historias más superficiales e increíbles. Un cubículo habitado por extrañas criaturas de formas inexplicables y desconocidas. Un paraje hacia una realidad inexistente; oscuridad desmedida y artificial. Allí nos dirigimos, al espacio. Vasta y enérgica nada poseída por los demonios de ancestros muertos. Metafórico hogar de gárgolas de un gótico ensuciado. A la superficie olvidada de una apagada luz permanente nos dirigimos; prestamos atención y relatamos esta historia antigua y desmerecida por aquellos cuyas lágrimas nunca jamás se volverán a reproducir. Un lugar desértico,

repleto de vida, silencioso, inteligible, misterioso, solitario; un lugar donde el sonido nunca existió, y la luz jamás estableció su imperio. Allí, en el infinito, sentenciamos. Allí, en la noche, describimos. Allí viajé por un instante y recordé lo que en el pasado viví.

Todo comenzó con un sueño, un sueño espaciado, atemporal. Yo podía apreciar con claridad todo aquello que ante mí acontecía, mas no me estaba permitido intervenir, siquiera podía afirmar que yo existiese como existo ahora mismo, tan solo era… inmaterial. Mi cuerpo invisible volaba a través de un espacio limitado alrededor de una cúpula de cristal atraído por su gravedad intrínseca. Mi mente se trasladaba a tal velocidad que era capaz de apreciarlo todo con la claridad de un clarividente. Una cúpula de cristal transparente con la energía del sol, con la leve diferencia de tan solo poder alumbrar su interior; el espacio permanecía oscuro a su paciente paso. Allí mismo la vida emergía, o siempre había existido, jamás sería capaz de saberlo, ya que mi mente asimilaba todo tan vertiginosamente que me sería completamente imposible explicar lo que pasó, era o acabaría pasando. El tiempo no seguía una línea continua, era un caos; el pasado, el presente y el futuro se entrelazaban como células de un mismo cuerpo.

Ahí estaba yo, o al menos ahí estaba la luna invisible con conciencia que admiraba cómo detrás de un acristalado planeta cantaba una preciosa ninfa disfrazada de hermosa mujer. Estuve años, siglos, admirando su delicado rostro pálido. Poseía una belleza mitificada, un cuerpo estrecho y vulnerable, fuerte y apasionado. Era la mujer de mis sueños, del sueño de todo hombre, pues no era la mujer, era todas las mujeres que cohabitan en nuestro subconsciente. Una ninfa del bosque, malvada… quizá, bondadosa… es probable. Allí, en ese lugar boscoso; en aquel Edén real no existía el bien y el mal; en aquel planeta verde y reducido tan solo existía una ninfa robotizada. En aquel planeta boscoso, con un riachuelo que no acababa ni empezaba, con un árbol en el centro, cuyas raíces mantenían el cristal en perfecto estado absorbiendo la energía oscura del espacio; allí, una hermosa mujer vivía desnuda, sola, indefensa y fuerte. Una inteligencia superior, una mente tan perfecta que se había adentrado en el camino del nihilismo. Un poder superior a cualquier hombre. Un poder que te sumergía en la monotonía absoluta sin siquiera planteártelo. Una mente que no deja de ser una más de aquel sistema dependiente. Para un humano, incluso para mí, sería difícil distinguirla de aquel precioso árbol de rosadas hojas. Una artista natural, con mil dones, y mil tareas a realizar. Una poetisa que deambulaba por su cautivador mundo, cautiva de su propia perfección. Ligada a sus actos como nosotros a las preguntas retóricas, un alma envuelta en la tristeza de una alegría inmortal. ¡Alegría! Su mundo carecía de contrastes, tan solo pervivía la unicidad; un llanto tan solo era concebible en la escorrentía del río perpetuo, y las sonrisas, ¡oh, las sonrisas! Acto corpóreo sinérgico e involuntario, reminiscencia de

algún pasado aterrador.

Allí habitaba ella, en un mundo unificado, sin bestias, sin preguntas, sin respuestas. Inmortal, rasa; terrenal ninfa profunda y superficial. Caminaba relajada, sin cuestionar; recogía el agua purificada del río interminable e histórico. Bebía, no necesitaba comer. Se bañaba sin entender el motivo, simplemente se contemplaba desnuda, iluminando el río con su belleza y contemplando la hermosura del agua en su brillante e hipnótica piel, la cual relataba historias olvidadas en tabernas frías y desconsoladas. Princesa de un reino sin palacio, animal de un reino sin ocaso. Plebeya de un imperio igualitario. Reina y súbdita del acristalado hogar de la inmortalidad. Súbdita y reina del acristalado hogar de la muerte.

Allí, en ese extraño lugar, flotaba yo. Contemplando con celeridad el pastoso transcurso de los acontecimientos. Pasaron siglos, milenios, y entonces… ocurrió. Siempre, cuando la tranquilidad gobierna el entorno, la monotonía se vuelve vulnerable y el caos ataca; pues cuando la estabilidad alcanza, la inmortalidad muere lentamente. El tiempo es un elemento frágil, y cuanto más perdura más posibilidades tiene de morir. Así ocurrió, nuestra acristalada esfera colisiono y sucumbió a la gravedad de su hermana gemela. Todo se trastorno y nuestra ninfa acuática, nuestra diosa inmortal, se acercó apaciblemente hacia el cristal. ¿Por qué? Nunca lo sabré. Pero lo hizo. Ahí estaba. Frente a frente con un transparente cristal olvidado. Me atrevería a decir que aquella hermosa dama espacial jamás, en toda su existencia, o al menos en su breve tiempo fugaz, había comprendido que aquel cristal suponía una frontera, un límite. Un punto y final en el texto lírico de la realidad. Tampoco lo apreció en ese momento, tan solo pudo observar, muy a lo lejos; en el fondo de todo aquel enigmático y oscuro cementerio estelar; una cúpula acristalada. Un reducto inmortal idéntico al suyo. Tardó, su mente inteligible tardó en asimilar las similitudes. ¿Por qué? Nunca lo sabré. Pero lo hizo. Ahí estaba. Frente a frente con una verdad cruel, su mundo simple y perfecto era la copia de un mundo igual de perfecto y simple. Aun así se mantuvo recta, firme; comenzó a desarrollar una conciencia primitiva sobre toda la realidad que le rodeaba y aprisionaba. Siguió observando, no cesó, algo tenía que encontrar, yo lo sabía, ella lo sabía; y por supuesto… lo encontró. Tras el símil acristalado, a la deriva de la oscuridad, una forma irónica se retrataba a sí misma en perfecta armonía con nuestra ninfa. Ahí estaba yo, silencioso, expectante. Ahí estaba yo, asimilando como se partía la vida de una inmortal moribunda al encontrarse cara a cara con la mujer reflejo.

Soñaba. Sí, soñaba con encontrar un marco con el que enmarcar aquel cuadro surrealista y a su vez explícito. Ella miraba con cautela, inocente y atrevida. Oteaba, pues muy a lo lejos se encontraba su igual, el fin de su soledad. Ambas se acercaron a su prisión tímidas, lo poco receptiva que le era permitido a una ninfa de la continuidad. Ambas, en movimientos idénticos y ordenados, correctamente contrariados, posaron su mano sobre el cristal y aproximaron su fina faz para atravesar el reflejo de un cristal reflectante. Se miraron, se observaron lentamente. Sin barreras se hubieran acariciado, con barreras rozaban la línea imaginaria de su piel ilusoria. Iniciaron su amor irregular en el interior de sus esferas regulares, conocieron el sentimiento más voraz en el interior de su cuerpo delicado e indestructible. Entonces, en lo que para mí fue un segundo, pasaron siglos, y ellas no dejaron de mirarse; olvidaron. Regresaron a la monotonía a la que estaban acostumbradas, con una única diferencia; ahora, ambas tan solo se contemplaban sentadas, sin dejar de asombrarse. Habían encontrado la pasión incandescente de una mirada, y como si su mundo estuviese vinculado a sus sentimientos, o simplemente llorase por la pérdida de las ninfas, comenzó a sangrar. Explotó, el suelo abandonó el verdor para alumbrarse a través de un magma corrosivo; el río ennegreció y me repugnó con su suciedad desmedida; e Yggdrassil perdió las hojas y se secó. Su hogar enmudeció y fue sentenciado al silencio. Diosas. Diosas inmortales fascinadas por la sociabilización, por el amor de un narciso, por el poder de un cántico artístico escuchado a lo lejos en el núcleo central de nuestro cerebro, cantado y representado por las sirenas del mar Egeo.

Así sucedió, ellas olvidaron y su mundo murió. Ellas prevalecieron entre los acristalados barrotes desfigurados. El tiempo pasó, corrió por un camino unidireccional a velocidades vertiginosas, hasta que la inercia obligó a las ninfas del caos a más. Necesitaban más. Aquel amor era tan poderoso que no podían seguir estando separadas. Ellas necesitaban tocarse. La pasión las dominaba. Su prisión de papel comenzó a ser un tortuoso problema. Yo lo podía afirmar, las miraba y tan solo veía rabia, profunda rabia superpuesta a la profunda pasión que las alentaba. Allí estaban ellas aporreando el cristal con la determinación de las diosas de la noche. Golpearon sin cesar, enrojeciendo sus suaves y preciosas manos. Yo lo sabía, todos lo sabíamos, pues era un sueño, y en los sueños toco acomete como debe acontecer. Su fuero interno se disfrazó de fuego fatuo indeterminable. Sus miradas tornaron de color y sus caricias invisibles destrozaron un cristal incapaz de dañar. Allí, en las profundidades de la galaxia, en el vacío absoluto, dos mundos cayeron, dos imperios sucumbieron; y ellas… ellas, caprichosas, se abrazaron flotando en la oscuridad. Se besaron, sí, juntaron sus labios y dejaron de ver. Allí, en las profundidades del desierto infinito se fusionaron en un mismo ser dividido. Amantes correspondidos. Y entonces… en la desidia del amor, ambas, al mismo tiempo y en el mismo espacio, giraron sus cabezas y miraron

atrás. ¿Por qué, por qué no se conformaron, por qué no fluyeron, por qué tuvieron que regresar? Allí, en la nada absoluta regresaron a la nada rotunda. Todo había sido destruido, todo su pasado había muerto y no perduraban siquiera las cenizas del recuerdo. La muerte… La muerte transfiguró sus deliciosas y dulces caras en amor descontrolado. El amor… El amor se transformó en ira, y la ira asedio sus cuerpos convirtiendo en dolor lo que fue placer. La vida en sangre. El calor en frío espacio deshabitado. Y allí, en el fin de la tragedia. Ahí, en el fin de dos mundos permanecí yo, regresando lentamente a mi planeta y despertando entre sabanas de algodón sudadas. Allí, ahí, en mi realidad desconsolada, encontré por un instante el pantanoso sabor de la divinidad. Ahí, allí, en mi limitado mundo encontré por un instante el placer de la soledad.

"En nuestro interior, donde la verdad se esconde; en la oscuridad de mis pulmones. Lugar de tránsito despreocupado. En el infierno helado, donde la mentira habita; en el sol de mi corazón. Lugar de retiro olvidado. Ahí, en mi soledad, se puede apreciar la luz de mi unicidad, la oscuridad de mis ancestro y el amor de una mujer a la que nunca conoceré".

Carta de amor.

Cada vez que me miro al espejo pienso lo mismo, ojalá no te hubiese conocido. Mi cuerpo no temblaría, mi alma no intentaría escapar, mi corazón no respiraría sangre y quizá, a lo mejor, todo funcionaría con otro motor. Mi vida habría acabado ya, mi mundo se habría desplomado, mis esperanzas serían las primeras en perder y mis sueños gritarían asustados en la inmensa oscuridad. Por desgracia no fue así, tus emociones invernales aparecieron en mi camino escribiendo en mis ojos la palabra "serendipia", y yo, deteriorado por tu compleja e irreversible personalidad fui atraído a la órbita de la superficialidad. Todo había acabado, ya no regresaría, tu instinto caótico coloreaba mi piel, y mis pensamientos realizaban impecables descripciones mientras permanecía en el exterior con la quietud intrínseca de un incrédulo.

No somos más que motas de polvo me decías, canciones olvidadas en el réquiem de algún cantautor solitario. Y qué más da respondía siempre yo, el arte es el único inmortal. Pero esa noche no fue así, no había ni luna, ni velas, ni estrellas, tan solo tu maleducada sonrisa y mis impertinentes preguntas, las cuales, desprovistas de curiosidad rompían con la helada barrera que cubría tu interior. No discutíamos sobre nuestros reflejos, no cumplíamos ninguna convención social, ni siquiera intentábamos aplastarlas aparentando que la pedantería nos vinculaba a la cultura.

Habitábamos solos en una taciturna noche, defendiendo nuestra soledad, enfrentando nuestras carencias y nuestras múltiples imperfecciones en busca de un paraíso laico donde fuéramos nuestros propios dueños. Declinamos nuestras vidas para desarrollar nuestra inalienable virtud y constatar que si algún día desobedecíamos era para absorber la hipocresía de nuestros sentimientos, sentados en la hipotética superficie acristalada de nuestra conciencia donde disimulábamos igualdad, hasta que decidiste desgarrar mi ilusión con tu punzante verdad: "Memento Mori".

Sé que sonríes, es inevitable, sabes que ahora es cuando viene la pregunta, nuestra alegórica retórica: "¿Por qué te escribo esta carta?". Ríete pero es necesario. Es necesario demostrarte que ya no hay magia que me retenga, yo no hay ignorancia, ya no me controlas... Soy yo, ¡YO!, el que decide voluntariamente estar a tu lado, ya no soy Odiseo ni tú Calipso, soy el poeta y tú la ninfa. Soy el amante ignorado que ama con locura a la frívola y egoísta musa que deambula agonizando en la literatura. Por eso solo yo aguanto nuestra relación, por eso solo yo soy capaz de amarte, porque ambos sabemos que no necesito un te quiero, ni un abrazo, ni un melancólico para siempre, solo pido una cosa, una promesa. La inquebrantable promesa de que nos despediremos de este insípido mundo y que, juntos, crearemos uno completamente nuevo.

Sueños húmedos.

Añoro sus piernas. Suaves y delgadas sensaciones. Submarinas miradas. Respiraciones acuáticas entre su nieve cálida. Conocimientos inconscientes que nos mentían entre la fría calor. Escribir el ambiguo camino que surcaba el submarino disperso y esbelto, envuelto en delicadas relaciones, o confrontaciones desabrigadas. La veía sentada, tumbada en las sabanas, resguardada del calor, del amor, de la alocada respiración de los pulmones. Cantaba, no podía cantar, estaba ocupada. Sofocaba, sofocada escuchaba. Consentía, comprendía, no entendía, nadie entiende, ni yo, ni Él, no importaba. Los iris puenteaban el arcoíris, y la guadaña cortaba el viento, congelando el tiempo invertido. Separados nos tocábamos, nos juntábamos en el centro. La conocía, me conocía, siempre profundizamos al interior del mar. Los barcos se palpaban, sus tesoros nadaban en la tierra. Los pueblos ardían, se quemaban, solos, con ayuda, ayudados, manipulados y culpabilizados por la culpa, nosotros no hicimos

nada. Queríamos, no apreciábamos más. No nos apreciábamos, quizá algo, nuestra sangre se igualaba, quizá ya fuera igual, era igual. Nos dolía, nos gustaba. El sonido se veía, su color se escuchaba, su piel degustaba mientras su sabor tocaba. Ambos iguales sin un amo, simplemente nos prestábamos, nos prestábamos a hacerlo, a serlo. Nos sometíamos, sumisos amábamos. Enseguida entendí su regalo, un narciso, un control, un límite. Sobrepasábamos, y entonces… sin más terminó, y como siempre… nada.Añoro sus piernas. Suaves y delgadas sensaciones. Submarinas miradas. Respiraciones acuáticas entre su nieve cálida. Conocimientos inconscientes que nos mentían entre la fría calor. Escribir el ambiguo camino que surcaba el submarino disperso y esbelto, envuelto en delicadas relaciones, o confrontaciones desabrigadas. La veía sentada, tumbada en las sabanas, resguardada del calor, del amor, de la alocada respiración de los pulmones. Cantaba, no podía cantar, estaba ocupada. Sofocaba, sofocada escuchaba. Consentía, comprendía, no entendía, nadie entiende, ni yo, ni Él, no importaba. Los iris puenteaban el arcoíris, y la guadaña cortaba el viento, congelando el tiempo invertido. Separados nos tocábamos, nos juntábamos en el centro. La conocía, me conocía, siempre profundizamos al interior del mar. Los barcos se palpaban, sus tesoros nadaban en la tierra. Los pueblos ardían, se quemaban, solos, con ayuda, ayudados, manipulados y culpabilizados por la culpa, nosotros no hicimos nada. Queríamos, no apreciábamos más. No nos apreciábamos, quizá algo, nuestra sangre se igualaba, quizá ya fuera igual, era igual. Nos dolía, nos gustaba. El sonido se veía, su color se escuchaba, su piel degustaba mientras su sabor tocaba. Ambos iguales sin un amo, simplemente nos prestábamos, nos prestábamos a hacerlo, a serlo. Nos sometíamos, sumisos amábamos. Enseguida entendí su regalo, un narciso, un control, un límite. Sobrepasábamos, y entonces… sin más terminó, y como siempre… nada.

Fuerza y más fuerza, pues la necesitamos.

Siéntate y escucha.

Levántate cabreado

y demuestra ser ducho.

Sé un alma alabada,

una mujer que lucha,

un hombre liberado.

Sé miedo sin susto,

sé fiera educada,

sé mentira astuta;

pues el odio cansado

siempre ama de luto.

Cambia y deja tumbada

a la mediocre burla.

Aprende a ser odiado

sin respeto ninguno.

Sé mujer olvidada

por bestia impura.

Sé hombre respetado.

Canta suave al susurro

densos cuentos de hadas.

Sé y deja ser la cura.

Pensando en escribir.

Caminaba por la acera mugrienta y sedienta pensando en escribir cuando una idea posó sobre mi cabeza como cuervo hambriento. Era una de esas ideas inmaterializables, compuesta de células invisibles, que con su carisma, impregna tu cerebro y aviva a las neuronas. Una idea de libertad, de fortaleza. Una idea repleta de ilusión.

Por un instante comprendí que un mundo nuevo era posible, que las flores podían renacer de las cenizas humanas y florecer en una realidad sin límites. Soñé que los dioses se escondían en sus casas por miedo a ser decapitados a la francesa, que las luces de las posadas se encendían de nuevo de noche y las drogas nos hacían ver el verdadero ser de las personas. El honor, retraído, regresaba de un largo viaje y nos mostraba con sabiduría un nuevo camino a seguir, una nueva forma de entender las relaciones humanas. El amor, atrofiado y dañado, era recogido por la mano ensangrentada del odio y puesto en pie con el fin de reconciliarse con la pasión, la cual, con razón, se había extraviado al liberarse de las cadenas que la apretaban sus lívidas muñecas. La traición se trasvertía y moría, el egoísmo era enterrado en tumbas faraónicas entre brillantes y soledad, el rencor fue aplastado por la empatía en un polémico debate sobre la razón, y la violencia se encariño, de forma casi psicópata, con el arte. Así, en esa idea irrealizable apareció la verdad; en mi cabeza sucia y harapienta una fotografía hizo acto de presencia y sentenció. Personas y más personas se mostraron antes mis ojos y me hicieron ver una verdad cómica e insoportable; solo hay algo irrefutable, y es que los límites y la barbarie son oscuras materias intrínsecas en el ser humano, como lo es su necesidad de superar sus propias definiciones.

Dejemos de ser para recordar, olvidemos para ser.